

tel general estaba en Munster. Tres ó cuatro mil prusianos, resto de los que debia suministrar Prusia, y destinados al segundo cuerpo, custodiaban los puestos de Pillau, de Nehrung, y todos los que cierran el Frisch-Haff.

Con el título de tercer cuerpo fió Napoleon al mariscal Ney, cuya energía anhelaba utilizar especialmente en esta campaña, el resto de las antiguas tropas de Masséna y de Lannes, reunidas en dos hermosas divisiones francesas á las órdenes de los generales Ledru y Razout. A estas añadió los wurtembergeses que ya habian servido á las órdenes del mariscal Ney, sumando así un total de treinta y nueve mil hombres de infantería, de artillería y de caballería ligera. Proponiéndose Napoleon valerse del mariscal Ney para los golpes vigorosos, le agregó un cuerpo entero de caballería de reserva, que fué el segundo y ascendia como á diez mil ginetes, la mayor parte coraceros. A Ney se le habia señalado por cuartel general á Maguncia.

El ejército del príncipe Eugenio recibió el título de cuarto cuerpo. Se componia de dos divisiones de infantería francesa de lo mejor que habia en el antiguo ejército de Italia, de una division italiana, que habia llegado á ser excelente, y de la Guardia Real. En totalidad podia subir á unos cuarenta y cinco mil soldados de todas armas, de los cuales era gefe natural el príncipe Eugenio, con el general Junot por principal lugarteniente.

De quinto cuerpo dió Napoleon el título al ejército polaco. Se acaba de ver que una division polaca, á sueldo de Francia, habia sido ya dada al mariscal Davout: otras dos divisiones, una de ellas

especialmente compuesta de los regimientos del Vistula, se hallaban tambien á sueldo de Francia, y debian mezclarse con las tropas francesas. Bajo sus órdenes especiales tuvo el príncipe Poniatowski el ejército polaco propiamente dicho, que estaba á sueldo del gran ducado de Varsovia y habia ya hecho á sus órdenes la campaña de 1809, campaña tan honorífica para los soldados como para el general en gefe. Este quinto cuerpo, fuerte de cerca de treinta y seis mil hombres de todas armas, tenia su cuartel general en Varsovia.

Los bávaros en número de veinte y cinco mil hombres, que servian con los franceses desde 1803, tomaron el título de sexto cuerpo, y fueron confiados al general Saint-Cyr, á quien Napoleon por causa de su mérito restituyó á su gracia, á pesar de una indocilidad de carácter molesta á menudo. Barenth era el punto de reunion de los bávaros, y allí debian encontrar al ejército de Italia para pelear á su lado. Procurando Napoleon compensar las diferencias de nacionalidad por contemplaciones particulares, habia resuelto unir á los bávaros y los italianos, á causa de las relaciones, no solo de parentesco, sino de cariño, que unian al príncipe Eugenio y á la corte de Baviera.

En número de diez y siete mil los sajones, tambien buenos soldados, y de entre los alemanes los menos hostiles á Francia, porque habia restituido á su rey la Polonia, fueron puestos á las órdenes del general Reynier, sabio oficial, muy idóneo para mandar á alemanes, y ya conocido por sus servicios tanto en España como en otras partes. Todos estos tomaron el título de séptimo cuerpo, y debian servir naturalmente con los polacos. Orden

tuvieron de juntarse en Glogau junto al Oder, y de dirigirse lo mas rápidamente posible á Kalisch, á fin de correr hácia el Vístula, si los polacos necesitaban de su socorro.

Ultimamente los westfalianos, organizados por el rey Gerónimo con esmero, bien que contándose entre ellos muchos hesseses, soldados mas briosos que adictos á su nuevo soberano, formaron el octavo cuerpo, y debieron concentrarse alrededor de Magdeburgo en número de diez y ocho mil hombres.

Dos tropas admirables quedaban, la caballería de reserva y la Guardia imperial. De los cuatro cuerpos que componian la caballería de reserva, dos habian sido agregados, al mariscal Davout uno, al mariscal Ney otro, y ademas una division de coraceros habia sido momentáneamente incorporada al mariscal Oudinot. Napoleon se reservaba volverlos á tomar segun las circunstancias y los lugares, y reunirlos en caso de necesidad bajo su mano. La porcion de esta caballería magnífica, no agregada todavía á cuerpo alguno de ejército, constaba de quince mil soberbios ginetes, que juntamente con la Guardia imperial seguian entretanto su marcha. Por lo que hace á esta habia llegado á formar un ejército verdadero, pues ella sola contaba no menos de cuarenta y siete mil hombres, entre los cuales habia seis mil ginetes escogidos y algunos miles de artilleros para servir una reserva de doscientas bocas de fuego. Dividida habia sido en dos cuerpos, uno de Joven Guardia compuesto de los tiradores y cazadores, otro de Vieja Guardia compuesto de los fusileros y granaderos, de la caballería, la reserva de la artillería, y los regimien-

tos del Vístula, dignos por sus sentimientos de servir en la Guardia imperial.

El primer cuerpo de la Guardia estaba á las órdenes del mariscal Mortier, el segundo á las del viejo mariscal Lefebvre. No se podian dar gefes de mas peso á soldados mas valerosos. Ningún punto de reunion tenia la Guardia hasta que el cuartel general se fijara en alguna parte. Por el momento partia clandestinamente de París y sus alrededores, regimiento tras regimiento, con dos destinos provisionales, Berlin y Dresde. Una vez llegado Napoleon al ejército se debia agrupar completa en torno suyo. A esta larga enumeracion hay que añadir el gran parque de ingenieros, comprensivo de los zapadores y minadores, de los pontoneros y operarios de todas clases; el parque de artillería, comprensivo de todos los útiles propios de este arma; finalmente el tren de equipages, comprensivo de todos los carros, lo cual presentaba todavía una masa de diez y ocho mil hombres, guiando una inmensidad de caballos.

Tal era el ejército activo tan solo, el que debia cruzar el Niemen y penetrar en lo interior de Rusia. Sin contar los enfermos, los destacados, cuyo número considerable se va á ver en breve, los austriacos, distantes del teatro de las operaciones, este ejército activo presentaba en hombres, positivamente reunidos bajo bandera, la masa enorme de cuatrocientos veinte y tres mil soldados, todos válidos y perfectamente instruidos, de los cuales trescientos mil eran de infantería, setenta mil de caballería, treinta mil de artillería, arrastrando consigo mil bocas de fuego de campaña, seis trenes de puentes y viveres para un mes llevados en

carros. En vez de tener víveres para un mes solo, debíanlos juntar para dos en breve, si las órdenes de Napoleón se ejecutaban en tiempo útil.

Confúndese la imaginación cuando se reflexiona que estos son guarismos reales, de los cuales se han excluido los no valores, y no guarismos ficticios como los que dan la mayor parte de los historiadores antiguos y modernos, hablando casi siempre á tenor de los rumores populares, casi nunca según los documentos de Estado, y no metiendo jamás en cuenta los enfermos, los destacados, los desertores. Sin embargo, no son estas las fuerzas todas que Napoleón había aprestado para tan gigantesca lucha, después de la cual se decía con razón que sería el soberano real del mundo ó el mayor vencido de todos los tiempos. No desconociendo los terribles resentimientos de que su camino estaba, por decirlo así, sembrado desde el Rhin hasta el Niemen, había preparado á su espalda un poderoso ejército de reserva, cuyas fuerzas, diversas nacionalidades y distribución se van á enumerar ahora (1).

Empleando Napoleón con mucho tacto los buenos oficiales, vueltos de España por haberse hecho incompatibles con los que dirigían las operaciones en esta comarca, había elegido al mariscal Víctor, duque de Bellune, para confiarle el mando

(1) No necesito repetir que escribo teniendo á la vista los estados particulares del emperador, mucho más exactos que los del ministro de la Guerra, porque estaban rectificadas en los mismos lugares, y establecidos según las listas pasadas á los cuerpos en cada época de la campaña, estados que jamás han visto la luz desde que salieron de manos de Napoleón para pasar á los archivos.

de Berlín tan luego como el ejército pasara de esta capital. Le reservaba una división francesa, la duodécima, compuesta de dos hermosos regimientos ligeros y de muchos cuartos batallones, á las órdenes del general Partouneaux, las tropas de Berg y de Baden, una nueva división polaca, y además parte de los depósitos de los mariscales Davout y Oudinot, destinados á la custodia de la importante plaza de Magdeburgo. El total se elevaba á treinta y ocho ó treinta y nueve mil hombres y debía formar el noveno cuerpo, con el encargo de guardar desde el Elba hasta el Oder la Alemania.

Aun había diez mil hombres de tropas destacadas en plazas tales como Stettin, Custrin, Glogau, Erfurt. En Hanover había un depósito inmenso de caballería, donde se iban á montar en caballos alemanes nueve mil ginetes que iban á pie de Francia. Napoleón había determinado que parte de los cuartos batallones sacados de España, y algunos sextos batallones de los regimientos destinados á tener seis, formaran un cuerpo de reserva fiado al mariscal Augereau, y sumando actualmente treinta y siete mil hombres. Por último había llevado la prevision hasta el extremo de hacer ya partir de los depósitos de quince á diez y ocho mil reclutas, para reparar las pérdidas que resultaren de las primeras marchas y juntarse á sus cuerpos como batallones provisionales, al modo que en las campañas anteriores. Todavía quedaba la división de los pequeños príncipes alemanes, fuerte de cinco mil hombres y una división danesa de diez mil, que Dinamarca, por cuyos intereses habíamos caído en la enemistad de Suécia, se había ofrecido á

suministrarnos para el caso en que el príncipe Bernadotte ejecutara sus proyectos de bajar a espaldas del ejército francés. Esta división se hallaba reunida en la frontera del Holstein.

Estos diferentes cuerpos presentaban una nueva masa de ciento treinta mil hombres, destinados á mantener siempre completo el ejército activo, y en aptitud de proporcionar al primer peligro que sobreviniese lo menos cincuenta ó sesenta mil hombres de tropas reunidas y muy buenas, para oponerlas ya á los ingleses, si esta vez cumplían la palabra á sus aliados, ya á los suecos, si su nuevo príncipe realizaba sus amenazas.

Añadiendo al ejército activo de cuatrocientos veinte y tres mil hombres este ejército de reserva de ciento treinta mil, algunos destacamentos esparcidos en diversos pequeños puestos en número de doce mil, enfermos debidos en parte al servicio de invierno, que habia exigido el mantenimiento vigoroso del bloqueo continental, y sumando actualmente cuarenta mil, se sube á la masa enorme de seiscientos mil y mas hombres puestos en movimiento para este formidable conflicto. Se contaban entre ellos ochenta y cinco mil ginetes montados, cuarenta mil artilleros, veinte mil conductores de carros, ciento cuarenta mil caballos de silla ó de tiro, ¡qué esfuerzo de genio administrativo no habia sido menester para hacer marchar tantos seres vivos al servicio de la misma causa, sobre todo si se considera que aun quedaban ciento cincuenta mil hombres en los depósitos de Francia, cincuenta mil en Italia, trescientos mil en España, lo cual hacia subir el conjunto de nuestras fuerzas á mas de un millon y cien mil

hombres bajo la mano de un solo gefe! Pero qué peligro tambien el de que esta inmensa máquina, tan artificialmente construida, se rompiera de pronto, si un descalabro ó un accidente físico llegaban á imprimirla un fuerte sacudimiento! Entonces, á semejanza de esos poderosos aparatos, maravillas de la ciencia moderna que marchan en irresistible conjunto mientras están en armonía sus resortes, pero que, si esta armonía cesa un momento, caen en un desórden que no es capaz de reparar mano humana, podia desmoronarse con estruendo espantoso y cubrir el continente con sus ruinas. ¡Y cuantas razones para temerlo al considerar la composición de esta enorme máquina de guerra! Trescientos setenta mil franceses, cincuenta mil polacos, veinte mil italianos, diez mil suizos, los cuales sumaban cuatrocientos cincuenta mil soldados, con quienes se podia contar de seguro, no excediendo á pesar de todo sus fuerzas físicas y morales; finalmente ciento cincuenta mil prusianos, bávaros, sajones, wurtembergeses, westfalianos, holandeses, croatas, españoles y portugueses, detestándonos la mayor parte, mezclados á la verdad entre nuestros soldados con habilidad infinita, de manera de arrastrarles en cierto modo por el torrente de la buena voluntad general; tal era este increíble monton de fuerzas, que era forzoso admirar como prodigio del arte, pero admirar temblando, porque independientemente de su composición tan varia, esta masa avanzaba del Rhin al Niemen sobre un suelo sembrado de odios, llevaba consigo un inmenso material y una multitud de animales, entre los cuales el mas leve disturbio podia ocasionar un desórden horroroso, de

que no lograria triunfar ni el mismo genio que habia formado tan prodigioso conjunto. Napoleon estaba, pues, en visperas del triunfo supremo de su arte, ó de la confusion de este arte llevado al exceso, en visperas de la dominacion universal ó de una catástrofe espantable sin ejemplo en la historia. Y desgraciadamente no tenia por excusa el odio patriótico y hereditario que devoraba el corazon de Anibal, porque el sentimiento que le arrastraba no era otro que la ambicion mas desapoderada que haya echado raices en el corazon de un hijo de la fortuna.

Su primer cuidado debia ser llevar de España, de Italia, de Francia, de la Alemania Meridional hasta las fronteras de la Polonia aquella multitud de hombres, moverlos con orden, con miramientos, de manera que no les agobiara la fatiga, ni se cubriera el camino de enfermos y de rezagados, de manera sobre todo que no se causara una emocion demasiado fuerte á los rusos, y no se les provocara, como ya se ha dicho, á invadir la Polonia y la Vieja Prusia. Napoleon aplicó á estos fines cuanto pueden sugerir la astucia y el arte.

Ya hemos indicado su proyecto de operar todo su movimiento bajo la eja del mariscal Davout, que, casi presente en los lugares, pues se hallaba entre el Elba y el Oder, solo necesitaba hacer diez ó doce marchas para plantarse junto al Vistula con la masa imponente de ciento cincuenta mil hombres, y estar en aptitud de contener á los rusos, si la necesidad lo requeria. Detrás de él debian avanzar sucesivamente todos los cuerpos, á fin de tomar posicion junto al Vistula. Como se ha visto, ya habia expedido Napoleon las órdenes precisas

al ejército de Italia, que tenia que trasponer la mayor distancia para llegar á incorporarse á las tropas juntas en Alemania. Cuando el primer movimiento de este ejército, fijado para el fin de febrero se descubriera, proponiase Napoleon trasladar en los primeros dias de marzo al mariscal Davout junto al Oder, á los sajones un poco mas allá hasta Kalisch, para que se pudiesen unir mas pronto á los polacos, hacer avanzar al mismo tiempo en segunda línea á Oudinot sobre Berlin, á Gerónimo sobre Glogau, á Ney sobre Erfurt, y mandar en seguida que hicieran alto hasta fines de marzo, para dar tiempo á que á todos sus cuerpos se les juntara su cola y especialmente su multitud de carros. Otra vez queria Napoleon poner en movimiento el 1.º de abril sus masas, trasladar á Davout hácia el Vistula entre Thorn y Marienburgo, juntar sajones y polacos en torno de Varsovia, los westfalianos de Gerónimo en Posen, y establecer despues siempre en segunda línea, junto al Oder, á Oudinot en Stettin, á Ney en Francfort, al príncipe Eugenio con sus italianos y los bávaros en Glogau. La Guardia y los parques estaban destinados á formar una tercera línea entre Dresde y Berlin. Ocupados todos estos puntos, se debia hacer hasta el 15 de abril otro nuevo alto, y emprender el movimiento este dia, quedando Davout personalmente en Danzick junto al bajo Vistula, para acabar allí la preparacion del material, y avanzando la segunda y tercera línea hácia el Vistula, y estableciéndose allí en el orden siguiente: los prusianos á vanguardia entre Elbing, Pillau y Koenigsberg (lo cual no podia dar lugar á ninguna observacion de parte de los rusos, puesto

que los prusianos estaban en su casa), las tropas de Davout detrás entre Marienburgo y Marienwerder, las de Oudinot en Danzick, las de Ney en Thorn, las del príncipe Eugenio en Ploch, los polacos, los sajones, los westfalianos en Varsovia, la Guardia en Posen. Napoleon deseaba que se permaneciera en esta posición la mayor parte del mes de mayo, y que se ocupara este tiempo en reunir los hombres y el material que se hubieran quedado á retaguardia, en echar puentes sobre los diversos brazos del Vistula, en organizar la navegación del Frische-Haff, en aprestar para sus numerosos carros los caballos y bueyes de Prusia, en completar los almacenes con sus vituallas, en terminar la remonta de la caballería con sus caballos. Ultimamente llegado el mes de junio y brotada ya la yerba en los campos, había que avanzar entre Königsberg y Grodno y cruzar el Niemen del 15 al 20 de junio.

Dadas fueron las instrucciones de Napoleon á tenor de este plan. El príncipe Eugenio recibió órden de atravesar el Tirol con el menos ruido posible y bastante de prisa para estar en Ratisbona á principios de marzo. A los generales bávaros se previno que estuvieran prontos para incorporarse al príncipe Eugenio en el mismo punto y la misma fecha; Ney, Gerónimo, Oudinot, debían ponerse desde luego en línea con la derecha procedente de Italia. Cuando se descubrieran estos diversos movimientos, había de lanzar el mariscal Davout, á tenor de sus instrucciones, la división de Friant hácia la Pomerania Sueca, para castigar á Suecia por su conducta, de impulsar á sus demás divisiones hácia el Oder desde Stettin á Custrin, de hacer

que los prusianos ocuparan á Pillau y los demás puntos que cubren la navegación del Frische-Haff, de darse la mano por medio de su caballería con los polacos á la parte de Varsovia, y de no detenerse, si, contra todas las verosimilitudes, tomaran la ofensiva los rusos, y de marchar contra ellos en derechura, rechazándolos mas allá del Niemen. Por preparados que pudieran estar los rusos, el mariscal Davout con los ciento cincuenta mil hombres de que disponía, estaba en aptitud de libertar de sus estragos las ricas cosechas de Polonia y la Vieja Prusia.

Arreglado así todo, Napoleon quiso añadir las precauciones diplomáticas á las precauciones militares, con el fin de evitar que los rusos tomaran súbito la iniciativa. Ya con sus frialdades y su calculado silencio, se había ahorrado la misión de Mr. de Nesselrode. Hasta podía temer el salir tan airoso en esto, pues haciendo la guerra demasiado segura, cabía que el emperador Alejandro desistiera de su sistema de temporizaciones. A fin de contrarestar este peligro, hizo dirigir á Mr. de Lauriston, por un correo seguro, un despacho muy detallado y de consiguiente muy secreto, en que el plan se descubría del todo; en que la marcha del príncipe Eugenio, la del mariscal Davout y la de los demás cuerpos franceses estaban expuestas á las claras; en que se explicaba que el objeto de todos estos movimientos era trasladarse junto al Vistula, hacer allí asiento, extenderse de seguida hácia Elbing y Königsberg, para salvar de manos de los rusos los ricos graneros de Polonia y la Vieja Prusia. Se decía que, para lograrlo, era menester ganar tiempo á toda costa, é impedir que

los rusos, fuertemente provocados, llegasen á devastar el país de donde se quería sacar una parte de los recursos; que, con esta mira, se necesitaba que, al ser conocido el movimiento del ejército de Italia, como que lo había de emprender antes que otro alguno, se negara absolutamente, conviniendo no obstante en la marcha de algunos conseritos toscanos y piemonteses, enviados mas allá de los Alpes para unirse á sus cuerpos en Alemania; que luego, cuando ya no fuera posible la negativa, se necesitaba confesar la noticia de la concentracion del ejército francés junto al Oder, pero añadiendo que esta concentracion no implicaba necesariamente la guerra, como tampoco la implicaba la concentracion de los rusos junto al Dwina y el Dnieper; que, avanzando hasta el Oder, estaba lejos el ejército francés de operar un movimiento igual al operado por el ejército ruso; que la dignidad del emperador Napoleon le imponia la obligacion de no quedarse detrás del emperador Alejandro; que si acontecia que el ejército francés avanzase algo mas allá del Oder, sería solo para tomar una posicion que correspondiera exactamente á la del ejército ruso; que la intencion formal de Napoleon era siempre negociar, no combatir, pero que negociando quería conservar una actitud proporcionada á su poderío.

En este despacho se prevenia á Mr. de Lauriston que usara un lenguaje tan tranquilizador como fuera posible; que inculcara á los rusos la idea de una negociacion armada y no de una guerra decidida; que hasta se volviera á pedir la mision de Mr. de Nesselrode, como si se sintiera que no se hubiese verificado, y se insistiera en que se tornase á este proyecto; que se ofreciera, si los ánimos se inflama-

ban demasiado en San Petersburgo, una entrevista de los dos emperadores junto al Vistula, cuidando sin embargo de no apelar á este arbitrio hasta el último extremo, pues en todo se pensaba en París menos en que la tal entrevista se realizase, y solo se tiraba á ganar tiempo, con el fin de llegar al Niemen antes de que lo cruzaran los rusos. Últimamente se autorizaba á Mr. de Lauriston para contraer el compromiso de detener al ejército francés junto al Vistula, si era forzoso contraerlo para precaver hostilidades prematuras, si bien dándose aires de negociador que, por su deseo ardiente de la paz, se excedia de sus instrucciones, y si á pesar de todos estos artificios no se lograba impedir el paso del Niemen, Mr. de Lauriston debía anunciar al punto la guerra, la guerra inmediata, pedir sus pasaportes y obligar á las legaciones de las cortes aliadas á pedir los suyos. Pero se recomendaba particularmente á Mr. de Lauriston que lo pusiera todo por obra para evitar un estallido tan subitáneo y tan opuesto á las miras del emperador.

Se podia contar con el celo de Mr. de Lauriston para evitar una ruptura, bien que se le revelaba claramente que el único resultado de sus esfuerzos sería aplazarla. Pero, deseando ardientemente impedir la, debía tenerse por felicísimo de lograr retardarla á lo menos. Sin embargo, temeroso Napoleon de no conseguir su designio, quiso recurrir todavía á un medio mas directo sobre el emperador Alejandro. Entonces tenia á su lado á Mr. de Czernicheff, empleado en frecuentes misiones de San Petersburgo en París, con numerosas relaciones en la corte de Francia, muy complacido y con arte para agradar, y habiendo abu-

sado de las libertades que se le permitian hasta el extremo de corromper á uno de los principales oficiales del ministerio de la Guerra. Se empezaba á traslucir este hecho, mas no era ocasion de un estallido. Asi pues Napoleon imaginó enviar á Mr. de Czernicheff á San Petersburgo, para protestar cerca de Alejandro de sus pacíficas intenciones; que Napoleon ignoraba lo que de él se queria; que no armaba mas que porque se armaba en su contra; que solo deseaba las condiciones de Tilsit; y que si, en vez de pasarse á cuchillo, se preferia explicarse, pronto estaba á cambiar una negociacion por la guerra.

Para tentar este paso, nada conforme á la actitud tomada respecto de Rusia, Napoleon tenia un pretexto bastante natural. En sus últimas expansiones con Mr. de Lauriston, considerando el emperador Alejandro y el canciller de Romanzoff como cosa decidida la guerra, é indagando el motivo que podia tener Napoleon para desearla, dijeron que sin duda Polonia era la que les ocasionaba esta nueva contienda; que no hallando completa Napoleon la creacion del gran ducado de Varsovia, habia determinado reconstituir la Polonia del todo; que este era evidentemente el deseo que en lo intimo del corazon alimentaba, y el que habia dictado la negativa á firmar la convencion propuesta en 1810. Trasmitiéndolo Mr. de Lauriston todo con exactitud extremada, en sus despachos mas recientes habia comunicado esta conjetura del emperador Alejandro y de su ministro. Tanto bastaba para proporcionar á Napoleon la coyuntura de un paso, pues debia apresurarse á negar la intencion que se le atribuia.

Moraba en el palacio del Eliseo, adonde habia ido á establecerse á pesar de estar frio y húmedo, como deshabitado durante largo tiempo. Allí habia contraido una indisposicion fuerte y no podia hablar sino con trabajo. Sin embargo, platicó á la larga con Mr. de Czernicheff en un tono de hombría de bien y de donaire, de que sabia usar oportunamente y siempre con gran fruto. Le dijo que por sus últimas noticias de San Petersburgo veia que sobre sus proyectos se forjaban ideas absolutamente falsas; que se le atribuia la intencion de reconstituir la Polonia, y que á este designio se achacaban sus aprestos militares; que era un error craso, que de ninguna manera pensaba en la reconstitucion de la Polonia; que ni ilusion ni reticencia abrigaba acerca de la posibilidad de empresa semejante; que, si en ella hubiera pensado seriamente la ensayara en 1807 y 1809, y que, no habiéndola intentado entonces, claro era que no creia deberla llevar á remate; que si en 1810 se habia negado á la convencion, por la cual le exigia el emperador Alejandro que se comprometiera á no restablecer jamás la Polonia, fué tan solo porque la forma del compromiso, que se trataba de imponerle, se resentia de deshonrosa, y no porque alimentase el pensamiento que se suponía; que le interesaba que sobre esto no se engañase la córte de San Petersburgo, ni se forjase quiméricos temores; que la única razon para sus armamentos estribaba en que creia ver á Rusia cambiar en aquel momento de alianza, y pasarse del campo francés al campo inglés con armas y bagajes; que el ruido hecho de resultas de lo del ducado de Oldenburg, el ukase de 31 de diciembre de 1810

relativo á las manufacturas, la introduccion en los puertos rusos del pabellon americano, y finalmente los armamentos rusos, llevados hasta el extremo de retirar sus tropas de Turquía y de exponerse á una derrota, habian sido á sus ojos convincentísimas señales de un cambio radical de disposiciones por parte del emperador Alejandro, y que de resultas se habia puesto en guardia, y emprendido los armamentos de que era testigo la Europa; que á mayor abundamiento se podia reparar el daño; que en Tilsit se habia concluido la paz cuando Alejandro le dijo que aborrecia á los ingleses; que todo fué fácil desde que hizo esta declaracion terminante, y que ya nada le disputó de lo que deseaba; que la situacion era exactamente la misma; que la paz ó la guerra dependian de las verdaderas disposiciones del czar; que si se queria avenir con la Inglaterra necesario era prepararse á la guerra inmediata; que si por el contrario queria mantenerse en formales hostilidades con ella, cerrarle sus puertos, ayudar á Napoleon á reducirla por medio de la prohibicion de todo comercio, no habia mas que explicarse, y no solo la paz seria salvada, sino que la intimidación mas perfecta quedaria restablecida.

Repitiendo Napoleon su eterno tema sobre el restablecimiento fraudulento de las relaciones mercantiles de Rusia con Inglaterra, Mr. de Czernicheff repitió el tema ruso, y nada nuevo se dijo por una parte ni por otra. Pero Napoleon trató de producir en el ánimo de Mr. de Czernicheff la impresion de que la guerra no era inevitable, que distaba mucho de ser para él resolución fija, y que una explicacion de las dos potencias armadas, la

una junto al Niemen, la otra junto al Vistula, podría arreglarlo todo. De nada mas necesitaba, pues en tanto que Rusia conservara la esperanza de salvar la paz, se abstendria de toda agresion y no pasaria el Niemen, aunque se adelantaran hasta el Vistula los franceses. Efectivamente Napoleon produjo impresion grande en el ánimo de Mr. de Czernicheff y le hubiera persuadido del todo, si este no recibiera algunas horas antes de las oficinas de la guerra pruebas seguras de la actividad de nuestros preparativos, preparativos tan vastos y tan precipitados que era imposible conciliarlos con la idea de una demostracion militar sencilla y destinada á apoyar las negociaciones.

Sin embargo, Mr. de Czernicheff partió menos convencido de la inminencia de la guerra que lo hubiera estado sin esta entrevista y con una carta del emperador Napoleon para el emperador Alejandro, carta cortés, amistosa, pero altanera, comprometiendo á Alejandro á creer todo lo que Mr. de Czernicheff le dijera de su parte, y repitiéndole que por mucho que avanzasen uno y otro en aprestos de guerra, si se queria, todo podría acabar como entre amigos.

Aquel mismo dia Mr. de Bassano dirigió á Mr. de Lauriston un nuevo despacho, que descubria las intenciones de Napoleon por completo. «Vuestro deber (le decia) es acreditar constantemente las mas pacíficas disposiciones. Tiene interés el emperador en que puedan sus tropas avanzar poco á poco hácia el Vistula, tomar allí descanso, establecerse, fortificarse, formar cabezas de puente, y por último poner de su parte todas las ventajas y asegurarse la iniciativa de los movimientos.

»Bien ha tratado el emperador al coronel Czernicheff, pero no os ocultaré que este oficial ha empleado su tiempo en París en intrigar y sembrar la corrupcion. Lo sabia el emperador y le ha dejado hacer, agradándole que estuviese enterado de todo. Realmente los preparativos de S. M. son inmensos, y no puede menos de ganar en que sean conocidos.....

»Sin duda el emperador Alejandro os enseñará la carta que le ha escrito S. M., y que es muy sencilla.....

»No piensa el emperador en una entrevista; ni se cuida tampoco de una negociacion que en París no se ha de llevar á cabo. Ninguna confianza tiene en una negociacion cualquiera, á no ser que los cuatrocientos cincuenta mil hombres que ha puesto en movimiento (solo aludia aqui al ejército activo) y su inmenso aparato induzcan á hacer serias reflexiones al gabinete de San Petersburgo, y le traigan sinceramente al sistema que en Tilsit fué establecido, y *no vuelva á colocar á la Rusia en el estado de inferioridad en que se hallaba entonces.* Vuestro objeto único, señor conde, debe ser ganar tiempo. Ya la cabeza del ejército de Italia está en Munich, y el movimiento general se descubre por todas partes. Sostened en toda ocasion que si estalla la guerra, solo de Rusia será la culpa; que los asuntos de Polonia no entran por nada en las determinaciones de S. M.: que no se propone otro fin que el restablecimiento del sistema, al cual ha dado harto á entender Rusia que deseaba renunciar con sus armamentos y sus pasos.»

Este despacho explicaba la verdadera idea de Napoleon, idea de dominacion universal y supre-

ma, especialmente respecto de Rusia, á la cual pensaba reducir al estado de inferioridad en que se hallaba al dia siguiente de Friedland, en que no habia cesado de hallarse, en que hasta se avenia á continuar un dia y otro, puesto que le dejaba hacer todo cuanto queria en Europa, pero inferioridad que ella no se conformaba á que fuera tan manifiesta, ni mercantilmente tan perjudicial como él exigia. Y á la verdad bien habia para contentarse con tal sumision de parte de una potencia, que era entonces la primera del continente despues de Francia, y de seguro igual á Inglaterra en Europa.

Seguidamente Napoleon se trasladó á Saint-Cloud con toda la corte, aunque la estacion fuese todavia rigorosa, pues se estaba á fines de marzo: trasladóse alli por un motivo que, en medio de su omnipotencia, debe parecer bien extraño, era por evadirse de las murmuraciones del pueblo, que aun no habia experimentado, pero que se hacian oír por todas partes, y amenazaban estallar hasta en su presencia. Tiempo hacia que en el pueblo de París no era ya comun esta osadía de quejarse, y revelaba la intensidad de sus padecimientos, que provenian de muchas causas, la carestía, la quinta, el llamamiento de guardias nacionales, y por último la guerra, que ocasionaba ó agravaba todos estos males.

Una espantosa sequia, que se habia prolongado todo el verano de 1811, mezclándose ademas horribles tempestades en algunas comarcas, habia destruido la cosecha de cereales casi en toda Europa, produciéndose no obstante vinos excelentes, conocidos con el nombre de *vinos de la cometa*. Ma-

la habia sido la cosecha hasta en Polonia, sin producir la carestia á pesar de todo, gracias á las cosechas anteriores engraneras y no vendidas, pero sin poner término á la miseria resultante de la carencia de mercados. En Alemania, en Francia, en Italia, en Inglaterra, en España, habia sido inmenso el estrago de cereales. En Francia los trigos habian subido á 50, 60, y 70 francos el hectolitro, precio muy superior al que hoy representaria este propio guarismo. Ya el pueblo no tenia mas espera, y en muchas localidades perturbaba el comercio, detenia los carros, invadia los mercados, clamaba contra los acaparadores, y con su ordinaria ceguedad procedia asi contra sus verdaderos intereses, pues era causa de que el género se ocultara, no saliera al mercado y aumentara de precio, no solo en proporcion de su escasez efectiva, sino tambien de su escasez aparente.

A pesar de ser Napoleon enemigo de las doctrinas revolucionarias (y designamos de este modo, no los puros y nobles principios de 89, sino las opiniones insensatas, nacidas de la exaltacion de las pasiones populares) á pesar de ser enemigo Napoleon de estas doctrinas, á ellas tornaba poco á poco, dejándose arrastrar como en todas las cosas mas allá de los límites de la razon. Enemigo del regicidio, viósele en un dia de cólera mandar fusilar al duque de Enghien; amargo censor de la constitucion civil del clero, tenia al papa cautivo en Savona; desaprobador severo de las violencias del Directorio, tenia á la sazón atestadas las cárceles de detenidos por causas religiosas; despreciador de la política revolucionaria, que habia suscitado la guerra en todas partes, se hallaba en

guerra con toda Europa por colocar á sus hermanos en la mayor parte de los tronos del Occidente; finalmente, habiendo perseguido con sus sarcasmos los principios administrativos de 1793, tales como el máximo y los rigores comerciales respecto de América, acababa de crear en la Europa entera con su legislacion sobre los géneros coloniales el sistema de comercio mas extraño y mas violento que puede imaginarse. Bajo este último aspecto su guerra al comercio inglés le podia servir de excusa por los graves efectos que producía. Pero respecto de cereales, estrechado á huir de las murmuraciones del pueblo, á descargar su política de toda conexión con la carestía de los comestibles, á adular en suma á la masas, á las cuales hacia sufrir por tantos lados, formó un consejo de subsistencias, compuesto del ministro de lo Interior, del director general de abastos, de los consejeros de Estado, Real y Dubois, de los prefectos del Sena y de policia, y por último del archicanciller; y allí sostenia doctrinas indignas de su razon elevada, hablando nada menos que de tasar los granos, y de fijar su precio á voluntad de las administraciones locales. Fundábase en el hecho de que los propietarios y los colonos abusaban de la estrechez del pueblo para subir los precios sin medida, lo cual era exacto y deplorable, pero no podia ser corregido ni reparado por una tarifa arbitraria, porque no hallándose suficientemente pagados los poseedores de cereales, cesarian de abastecer los mercados, guardarian en sus casas los granos que venderian aun á precios mas subidos, harian nacer entre el pueblo la tentacion del pillage, y provocarian asi desórdenes mucho mas trascendenta-